

**Leonardo García Pabón. *El cuento sentimental romántico en Bolivia (siglo XIX)*. 457 páginas. La Paz: Plural Editores, 2017.**

El volumen de García Pabón antologiza seis textos publicados originalmente por entregas en diferentes publicaciones periódicas a lo largo del siglo XIX. Con la excepción de “Soledad” de Bartolomé Mitre, que ha recibido una cantidad significativa de interés académico en Latinoamérica, el resto de obras reunidas en esta compilación han sido mayormente ignoradas o descuidadas por los críticos literarios. Reproduciendo, mayormente, primeras ediciones (excepto cuando ediciones posteriores demostraron ser más fidedignas y completas), García Pabón incluye los siguientes textos: “Soledad” de Bartolomé Mitre (1847); “La isla” de Manuel María Caballero (1864); “El Templo y la Zafra” de Félix Reyes Ortiz (1864); “Crimen y expiación” de Sebastián Dalence (1864); “Misterios del corazón” de Mariano Ricardo Terrazas (1869); y “Corazón enfermo. Diario de una costurera” de Isaac G. Eduardo (1891). Aunque esta no es, de ninguna manera, una lista completa de relatos sentimentales románticos publicados en Bolivia, en su prólogo, García Pabón considera su selección una buena muestra de las posibilidades y promesas del género. Al ofrecer versiones modernizadas de los cuentos, este volumen es una herramienta pedagógica invaluable para todos aquellos quienes enseñamos aspectos culturales del siglo XIX en Latinoamérica, así como una renovada ocasión para revitalizar la discusión del valor de la literatura sentimental en el contexto del siglo XIX latinoamericano en círculos académicos.

Entre los estudiosos del siglo XIX, la naturaleza y estatus de la sentimentalidad es ampliamente debatido. La mayoría de los críticos coinciden en reconocer que el adjetivo “sentimental” se aplica técnicamente a trabajos que ejercen una atracción primordial en el terreno de las emociones y operan por medio del afecto. La literatura sentimental está interesada en la experiencia, despliegue, efecto e interpretación de emociones y en incitarlas en los lectores. En círculos menos académicos, sin embargo, la literatura y la cultura de la sentimentalidad han sido vistas como cliché, de carácter

predecible y de valor estético y social limitados. Incluso antes de que Oscar Wilde proclamara que un sentimentalista es “aquel que desea tener el lujo de una emoción sin pagar por ella”, la sentimentalidad operaba como sinónimo de lo excesivo, lo afectado y poseedor de una especie de pathos fingido. En el 2010, sin ir más lejos, en *Spoilt Rotten: The Toxic Cult of Sentimentality*, Theodor Dalrymple advertía sobre las consecuencias dañinas de la intrusión cultural de la sentimentalidad e ilustraba cómo una actitud de lo que él veía como el “peligro de abandonar la lógica a favor de la sentimentalidad”, era infantil y reductivo de nuestra humanidad.

El sentimentalismo como práctica cultural, sin embargo, se cimenta en la creencia de que por medio de la imaginación es posible entender los sentimientos de otro y que este entendimiento es la base para la constitución de lazos comunales. El imperativo pedagógico implícito en los códigos sentimentales del siglo XVIII dictaba el cultivo de la simpatía del lector para alcanzar dos metas distintas: primero, como una precondition para la acción que alivia el sufrimiento al enfrentarse con la desventura y resulta en la satisfacción emanada de la percepción de un auto-mejoramiento; segundo, como un medio de reforzar lazos sociales que finalmente contribuirían a la construcción de una identidad nacional. Simpatizando con los sufrimientos de los protagonistas, el lector entra en comunidad con ellos. Diderot, por ejemplo, situaba la comunidad sentimental de lector y texto en continuidad con una comunidad de lectores empáticos. A través de la práctica compartida del derrame lacrimoso, los lectores de las novelas sentimentales toman parte en el conflicto y, específicamente, en un conflicto cuyos elementos se asemejan a aquellos que están en juego en sus propias vidas, experimentando el entrecruce conflictivo entre libertad individual y bienestar colectivo en la esfera estética. La constitución de una comunidad es crucial al consuelo sentimental. Sin embargo, esta comunidad no representa un refugio privado de la vida pública, sino más bien ejemplifica la esfera pública liberal donde la unidad toma la forma de debate y conflicto. La producción de una “diversidad de juicio” –como lo dice Diderot– fomenta el desarrollo de ideales democráticos y refuerza el potencial de poder político. En *The Theory of Moral Sentiments*, Adam Smith caracteriza el sentimiento moral como el sentir por la pasión de otro que opera por medio de una lógica especular por medio de la cual un espectador reconstruye imaginariamente la experiencia de la persona que observa.

En las últimas dos décadas, se ha producido un concertado esfuerzo crítico por rehabilitar la tradición sentimental y por argumentar a favor de la

inclusión de trabajos sentimentales en el canon (Ana Peluffo, Beatriz Sarlo, Ramiro Zó, Fernando Unzueta, Doris Sommer, María Fernanda Lander, entre otros). Estas recientes producciones culturales recuperan la sentimentalidad desde el punto de vista de la sensibilidad —incluyendo estudios médicos y fisiológicos, literatura de los sentidos y de las emociones—, donde la mayoría de estas perspectivas pueden aglutinarse bajo el título general de teoría de los afectos. Se puede contar este volumen entre estos renovados esfuerzos, por ejemplo, en momentos en que García Pabón subraya los usos políticos más reformistas de los escritos sentimentales, los cuales también contribuyeron a la formación de una conciencia burguesa emergente.

Ecos de escritores franceses — Lamartine, Saint Pierre, Victor Hugo, Chateaubriand, Rousseau— permean las narrativas latinoamericanas reunidas aquí. Pero García Pabón se mantiene alejado de amonestaciones más convencionales que caracterizan los textos latinoamericanos como copias deslucidas, subrayando que el valor de su selección radica en que estos textos no reproducen la misma sentimentalidad pedagógica de sus pares europeos. Difieren enormemente —él afirma— en su objetivo didáctico, que en el caso de la sentimentalidad europea está ligado a la estructura de colonización, fácilmente observable a través de la fundación de espacios utópicos en los márgenes de Europa (Italia, África, etc.) así como en las imágenes que devuelve un espejo distorsionado del otro-nativo como feminizado y “buen salvaje”, o bárbaro depravado. En la Antología de García Pabón, la educación sentimental se presenta como un modelo de pedagogía decolonial, al tiempo que articula conflictos en relación con costumbres, decretos, regulaciones, tradiciones de comunidades y la severidad de las reglas de gobierno. Las desgracias no están sólo identificadas con lágrimas sino con los oprimidos como un grupo social, con las diferencias sociales representadas como relaciones de poder. El protagonista sufre porque ella o él ocupan una posición social subyugada. Enfatizando el problema de un cuerpo social atomizado a través de divisiones de género, clase y raza, estos textos representan a sus protagonistas (mujeres en particular) como abusadas en virtud de su pertenencia a un grupo social oprimido. Así la invocación a una comunidad simpatizante llega como una respuesta a divisiones sociales de desigualdad profundamente enraizadas dentro del marco del colonialismo.

En *The Sentimental Education of the Novel*, Margaret Cohen postula la exitosa supresión que el realismo hizo de sus orígenes sentimentales. En líneas similares, al reconstruir un periodo formativo clave en la narrativa boliviana, García Pabón apunta hacia modos en que los códigos realistas surgieron a

partir de una fagocitación hostil de prestigiosas prácticas sentimentales contemporáneas, lo que reconfiguró la emergencia del realismo como un desplazamiento y sumisión de códigos sentimentales.

Una agradable sorpresa en esta antología es la inclusión de la conocida *Soledad* de Bartolomé Mitre. Con su incorporación, García Pabón desmonta las concepciones tradicionales de las narrativas nacionales fundacionales articuladas en términos del origen de los autores. Privilegia una visión más crítica que trae a consideración aspectos como la movilidad y patrones de migración de intelectuales a lo largo del siglo XIX y la permeabilidad, distribución y circulación de textos, lo cual es una tarea ineluctable para reconfigurar los mapas de atribuciones nacionales y aseveraciones de pertenencia. Asimismo, una de las intervenciones más productivas para futuros trabajos académicos en la lectura de García Pabón es cuando postula la sentimentalidad como una alegoría del fracaso del proyecto nacional en el contexto de la producción cultural boliviana. Scott Fitzgerald escribió acerca del contraste entre sentimentalistas y románticos como la diferencia entre la persona que piensa que las cosas van a durar (el sentimental) y la persona que tiene una seguridad desesperada de que no. Quizás haya más por decir, desde el punto de vista de una categoría estética que cruza lo romántico con lo sentimental, sobre el choque de expectativas temporales en la constitución del fracaso de un proyecto nacional.

Finalmente, al considerar el resto de la antología, uno debe admitir que García Pabón conecta una tradición de perpetuo conflicto entre el canon y el archivo en la literatura académica sobre el siglo XIX. Originalmente publicada por entregas, en panfletos y periódicos dispersos, esta llamada “literatura menor” encuentra un hogar en la organización y lógica conceptual de García Pabón. Al hacer esto, García Pabón está contribuyendo a desmontar la negligencia y condena al olvido de esta producción cultural sobre la base de nociones anticuadas de valor o gusto “literarios”, derivadas ellas mismas de un entendimiento dicotómico de valor económico y valor literario, forjado en las postrimerías del siglo XIX. Leer estos textos hoy día sorprenderá al lector casual, así como recompensará al académico literario, pues es posible encontrar joyas increíbles dispersas entre sus páginas, como la impresionante escena necrofílica en “Corazón enfermo”.

Ahora bien, a pesar de toda su mala reputación, la cultura de la sentimentalidad está lejos de ser un anticuado y distante modo de conexión; nosotros somos sus herederos y estamos todavía lidiando con su legado. Basta con mirar los ubicuos #alltheFeels en las redes sociales, la obsesión con *emojis*

o emoticones y la cultura del “me gusta”, para imaginar lo que futuros académicos elucubrarán sobre nuestras prácticas afectivas. Hay algunas exclusiones flagrantes en estas páginas, y no se puede dejar de notar la ausencia de cuentos por escritoras, por ejemplo. Pero como García Pabón señala, esta es sólo una pequeña muestra y la labor de traer esta clase de textos a una edición accesible tanto para el público general como para los académicos literarios está recién empezando.

Mayra G. Bottaro  
University of Oregon



New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.



This journal is published by the [University Library System](#) of the [University of Pittsburgh](#) as part of its [D-Scribe Digital Publishing Program](#), and is cosponsored by the [University of Pittsburgh Press](#).